

A Q V A V I A T O R V M

Incredulorum Convictioni et Viatorum Commodo



MMXII

DEDICATIO

En los momentos felices se recuerda a los ausentes.

Dedicado a mi madre, Dolores Turón, a mi suegro, Mariano Sarasa, y a todos los héroes anónimos quienes, con el fruto de su vida ejemplar, llenaron el océano sobre el que navega una barca llamada Humanidad.

INTRODVCTIO

La entrada.

El dolor. El intenso dolor que sintió Fortún, apareció de repente en cuanto dejó de rodar envuelto en un torbellino de aire, hielo y nieve. Enseguida comprendió lo sucedido: había sido arrastrado por un alud.

En lo primero que pensó, fue en si también habría atrapado a su mejor amigo y único compañero de expedición: el famoso historiador Ramón Jordán. Estaba casi seguro de que no, pues ascendían separados por un centenar de metros.

Trató de tranquilizarse. Su acreditada experiencia en la montaña le capacitaba para afrontar la situación con cierta comodidad. Además, no era la primera vez que le ocurría: hacía seis años, mientras descendía el *Nanga Parvat* guiando a una expedición de la Escuela Militar de Montaña de Jaca, se había visto en una situación similar. En aquella ocasión, además de él, fueron tres los montañeros sepultados, pero en pocos minutos todo se resolvió felizmente. Aquí, apenas a dos mil doscientos metros, debía ser aún más fácil. Él mismo se lo había dicho a Ramón, cuando éste le propuso el plan.

—¿Será arriesgado? —le había preguntado.

—No tiene por qué serlo —había afirmado Fortún.

Fue la mañana del domingo anterior, mientras degustaban unas torrijas en el Café de Levante. Antes, Ramón le había contado las razones por las que necesitaba que le acompañase de nuevo:

—Esta vez he de subir aún más —había manifestado, emocionado—. Necesito que me guíes por encima del circo del Cucharón, hasta el collado que hay entre Peña Lobera y el Pico de San Miguel. La entrada a la sima está allí. Lo sé.

Acostumbrado a las extravagantes conclusiones de su buen amigo Ramón, y por muy fantasiosas que éstas fueran, Fortún sabía que esa obstinada convicción correspondía tanto a su escrupulosa labor de investigador como a su tenaz carácter aragonés, por lo que, puesto que la cabeza de Ramón estaba maciza de historia, le tocaba a la montaña estar hueca.

Aunque llevaba años tratando de demostrarlo infructuosamente; ahora, la precipitada decisión de Ramón por volver a buscar urgentemente, y en pleno invierno, venía determinada por el inicio inminente de los trabajos del ferrocarril.

—Tengo que encontrar la entrada antes de que la tuneladora dé al traste con el secreto mejor guardado de todos los tiempos, y el que más necesita desvelar esta Humanidad decadente. Si llego antes, los trabajos se detendrán de inmediato —le había dicho impaciente.

Fortún no pensaba como él. Sabía que arriba, aparte de los acostumbrados neveros, rocas recubiertas de hielo negro, el esqueleto desplumado de algún buitre y los fragmentos de tres cazas norteamericanos estrellados en extrañas circunstancias, no encontrarían absolutamente nada interesante, pero al menos terminaría la insistente tortura a la que le tenía sometido Ramón desde hacía años.

—Si no la encuentras ahora, ¿dejarás de dar la monserga y nos permitirás hacer el túnel tal como habíamos quedado? —había preguntado Fortún.

—Tú súbeme y verás —había contestado Ramón, obstinado.

Al margen de sus disputas profesionales, a Fortún el plan le había parecido perfecto para un día festivo, con una magnífica previsión del tiempo y sin ninguna cita en su apretada agenda de “donjuán”. Además, él habría hecho por Ramón cualquier cosa que estuviera a su alcance, y servirle de guía no sólo estaba a su alcance, si no que era la cosa que más le gustaba hacer en la vida. Sería un paseo, pues Ramón, a pesar de estar “fondoncillo”, a sus cuarenta y pico años se mantenía en suficiente buena forma como para subir hasta los dos mil metros. Sin embargo, antes de darle su confirmación había tratado de encontrar alguna fisura en la firme determinación de Ramón:

—Como quieras —le había dicho—, pero te aseguro que he pasado bastantes veces por allí y no he visto ninguna sima. Si la hay, ahora, con nieve, será imposible encontrarla.

—Tampoco se ve tanta nieve. Ayer miré con los prismáticos desde la Muela Alta y creí ver unas rocas negras. Debe de ser allí. Esta vez no me equivoco. Te lo aseguro. Todos los datos que he encontrado apuntan allí.

—Siempre dices lo mismo. Bueno, todos necesitamos algún pretexto para subir cada vez más alto.

—No es por eso, ya sabes el miedo que me da la altura.

— Está bien, iremos; pero luego me invitas a comer en “La Corza” —había pedido Fortún, y ambos rieron.

—Cuenta con ello —se había comprometido Ramón.

La cooperación manifiesta de su amigo Fortún, había desatado en Ramón una verborrea incontinente de explicaciones científico-esotéricas.

— Ahora todo tiene sentido. Como te he dicho, subí a la Muela Alta y... alineando el centro del altar de la ermita circular del Calvario con la Cruz Negra del Monasterio...

—¿Cuál? ¿La que hay detrás de “La Corza Blanca”? —había puntualizado Fortún, relamiéndose por el estofado de ciervo con cesáreas y macrolepiotas que Ramón había prometido encargarse en ese mismo restaurante para cuando bajaran, y que, como otras veces, regarían con un magnífico caldo del Coto de Hayas y acompañarían de un buen trozo de tarta de arándanos, perfumado con un chupito (o dos) de los monjes “espirituosos”, para acabar, como de costumbre, debatiendo entre lágrimas de placer, de pena y de romanticismo, sobre los magníficos versos “becquerianos” que ilustran las paredes del comedor: “...cuando la muerte vidrie de mis ojos el cristal, mis párpados, aún abiertos, ¿quién los cerrará?...”.

— ¡Exacto! —había respondido Ramón—. La que casi te cargas reculando con el “todo-terreno”. Bien, pues esa alineación apunta exactamente entre los dos picos. Si luego tomamos, como altura desde la Cruz Negra, el valor áureo que se combina con la distancia entre la Cruz y el Altar, obtenemos exactamente el centro del collado. Estoy seguro de que la entrada está allí. Ya sé que es un poco alto para mí, pero necesito subir. Llevo años soñando con ella. Y tú lo sabes.

—¿Dónde puñetas encontraste esa clave tan extravagante?

—Es una historia muy larga.

—Lo suponía —había confesado Fortún mientras pedía otra taza a la camarera.

Ramón, que en lugar de café había tomado una amplia bocanada de aire, suficiente como para decir casi todo lo que sabía sin tener que detenerse a respirar, comenzó su relato:

—Fue en el año 153 antes de Cristo... —«Pues sí que va para largo», había pensado Fortún, mientras seguía de reojo los movimientos de la camarera exuberante —, ...en cuanto el cónsul romano Marco Fulvio Nobilior tomó y destruyó Segeda; fácilmente porque sus habitantes no habían tenido tiempo de terminar la muralla, pues Roma adelantó su ataque aunque para ello tuvo que modificar su calendario oficial; dirigió sus legiones contra Numancia, lugar donde se habían refugiado los segedenses dirigidos por su líder Megaravico. Pudo ser durante ese mismo trayecto o, seguramente después, mientras duró el famoso sitio numantino, cuando en alguno de los numerosos viajes de aprovisionamiento hasta Cesaraugusta, una patrulla romana de reconocimiento encontró la entrada a una sima angosta y profunda, al fondo de la cual había una enorme gruta con una extraña fuente termal. Ya sabes el olfato que tenían para estas cosas mis amigos los romanos.

—Sí, ya sé. Respira y sigue. Me encanta esa historia —dijo Fortún.

—La patrulla romana, que a pesar de sus éxitos militares andaba renqueante, y nunca mejor dicho, pues habían contraído una micosis plantar que les había llenado de “rebollones” los pies, probó a lavarse con el agua templada de aquella fuente y se curaron en un abrir y cerrar de ojos. Enterado Nobilior del prodigio, mandó extraer más agua de la sima para tratar a toda la tropa. El resultado fue milagroso. Además, como sabes, los celtiberos vendían cara su derrota y los romanos probaron también a tratar sus numerosas heridas de combate con el agua milagrosa, con los mismos efectos curativos. Así pues, Nobilior decidió monopolizar la fuente, ocultando la entrada para que las hordas celtiberas no la encontraran. Por eso la marcó del modo que te he dicho. Así lo afirmaba Posidonio en uno de sus textos que, curiosamente, Estrabón olvidó pasar a su obra *Geographica* y que permaneció ignorado en la biblioteca romana de *La Sapienza*, hasta que “alguien” oyó hablar de él.

—Vamos, no seas modesto, todos sabemos quién fue ese “alguien” —puntualizó Fortún refiriéndose a Ramón.

—Bueno, no fue sólo mérito mío: Mariano y Claire me ayudaron.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Fortún, para tener tiempo de seguir coqueteando con Lara, la camarera.

—Acabadas las guerras celtibéricas, la fuente fue explotada durante siglos, hasta que, con la cristianización, se abandonó su uso bajo pretexto de considerar las aguas sulfurosas como “tocadas por el diablo”. Se ocultó la entrada de nuevo y, como era de esperar, en lugar de destruir las marcas

romanas originales, se renovaron con las obras cristianas que ahora las ocupan: el Calvario y la Cruz Negra. Seguro que en el Monasterio de Veruela se guardaba la clave, pero nadie la encontró.

—Hasta que supiste del texto de Posidonio.

—Exactamente. Por eso he comprobado topográficamente el punto donde confluye la alineación y eso nos lleva exactamente donde te he dicho. Tiene que ser allí. No hay duda.

—Pues cuenta conmigo. Te guiaré; y no te preocupes, no tienes nada que temer —le había confirmado Fortún, abrumado por las cavilaciones de Ramón.

Ahora, enterrado bajo la nieve, Fortún se arrepentía en silencio de sus propias palabras: «No tienes nada que temer. No tienes nada que temer... ¡Seré gilipollas!».

Bueno, no todo estaba perdido; bastaría con aplicar cualquiera de los consejos que él tantas veces había repetido a los montañeros novatos. Primero trató de averiguar en que posición se encontraba. Atrapado y magullado, podía sentir rastro de la fuerza de la gravedad; si no, siempre quedaba el recurso de “mearse encima” y deducir, del recorrido que la orina haría por su cuerpo, hacia donde debía tratar de avanzar socavando como un topo hasta emerger a cielo abierto. En realidad, nada de eso iba a ser necesario, pues aquella mañana de finales de invierno el sol brillaba con tanta intensidad que su luz se filtraba abundante a través de los terrones de hielo amalgamados por la nieve; así, cuando decidió abrir sus ojos pudo distinguir perfectamente de donde venía más luz. No debía de haber más de medio metro de nieve sobre él. También, aunque con cierta dificultad, podía respirar. Así pues, el inconveniente mayor era su posición vertical «¡Joder! Estoy de pie y más tieso que un recluta en su garita». Pensó.

Además de estar de pie, Fortún tenía ambos brazos pegados al cuerpo; esa no era la postura ideal para empezar a escarbar. La presión de la nieve le atenazaba con fuerza y ya sentía su efecto gélido. Debía escapar cuanto antes. Trató de recordar el tiempo que había estado rodando, quizá quince o veinte segundos; eso, a la velocidad en que se desplaza la nieve en un alud, podía representar unos doscientos metros. Entonces volvió a preocuparse por su compañero: «¿Qué suerte habrá corrido? Ojalá que el alud sólo me haya arrastrado a mí».

Hubiera jurado que sí; pues, precisamente cuando caminaba bajo una pequeña cornisa de nieve helada, observó a Ramón que, a petición suya y en previsión de aludes, paró a soltarse de la cuerda, por lo que se había retrasado un poco y todavía no estaba bajo ella. Fue tras haberse girado para mirar a su amigo y gritarle: «¡Venga, tío! ¡Que ya queda poco!»., cuando oyó el crujido del roto de nieve. Después, envuelto en polvo blanco, no le volvió a ver. «Menos mal que no íbamos encordados, seguro que el cabrón se ha librado», pensó.

Podría gritar, pero su orgullo de montañero veterano le decía que antes debía agotar todos sus recursos de experto. Comenzó a contorsionarse para ver si era capaz de hacerse hueco y así poder mover los brazos, pero entonces volvió el dolor de su abdomen con tal intensidad que, si no hubiera sido porque estaba totalmente inmovilizado, se habría encogido como un ovillo. Se sintió extremadamente inquieto, su corazón latía ahora a gran velocidad. Le dolían las costillas, pero Fortún era fuerte y sufrido, siguió saltando y gritando quejidos apagados hasta que se sintió algo liberado. Como un conejo dentro de un saco, daba patadas al fondo de la crisálida algodonosa en la que se encontraba encerrado. Entonces lo notó, percibió que sus pies no podían aplastar más la nieve, estaba pisando la roca de la montaña: «Bien», se dijo. Decidió seguir dando “brinquitos”, de modo que cada vez podía sentir que la capa de nieve sobre su cabeza era menos gruesa. Entonces comenzó a gritar:

—¡Ramón! ¡Estoy aquí! ¿Estás bien? ¡Ramón!

Después guardó silencio y oyó que su amigo le contestaba:

—¡Fortún! ¿Dónde estas? ¡No te veo!

—¡Estoy aquí! —gritó jubiloso, al ver que su amigo estaba bien. Calló de nuevo para escuchar, pero no oyó nada más.

Flexionó las piernas para tomar impulso y sacar nuevamente la cabeza fuera de la nieve. Desesperado, dió un salto tan prodigioso como doloroso; con él, consiguió emerger un instante fuera de su prisión nival y, tras “excorporar” un grito entre lastimero y aterrador: —¡¡Ramón!!—, cayó de nuevo con todo su peso sobre la roca. Entonces ocurrió algo increíble que cambiaría totalmente el resultado esperado: inexplicablemente, el suelo de la montaña cedió.

Ramón, que había oído cómo le llamaba su amigo a unos cien metros delante de él y había identificado perfectamente el lugar cuando vio asomar su gorro azul, comenzó a correr ladera abajo. Apenas había dado dos zancadas cuando oyó de nuevo un crujido en esa dirección, que le alertó del inicio de otro alud. Instintivamente, se tiró al suelo. Tras comprobar que sólo eran algunos fragmentos de nieve helada que se movían para asentarse mejor, corrió de nuevo hacia aquel lugar. Cuando llegó no encontró nada. Mientras removía la nieve con sus manos, le llamó a gritos:

—¡Fortún! ¿Dónde estás? ¿Me oyes? ¿Dónde estas, tío? ¿Me oyes? ¡Fortún! ¡Dime algo, joder!

No obtuvo respuesta. Cuando, apenas media hora más tarde, unos montañeros navarros le encontraron exhausto y semienterrado en la nieve, escarbando como un San Bernardo enloquecido y rodeado de al menos media docena de cráteres excavados a su alrededor, no dieron crédito a que aquel paisaje “lunar” lo hubiera creado él con sus propias manos.

Horas más tarde, sentado y cubierto por una manta, Ramón desentumecía sus manos en la estufa del cuerpo de guardia del cuartelillo de Vera de Moncayo y miraba al suelo negando con la cabeza. Frente a él, de pie, la teniente Nervión fijaba la mirada en el curioso anagrama de su gorro azul y ajustaba sus guantes de cuero negro entrecruzando sus dedos largos.

Cuando le pareció verlo más tranquilo, le preguntó:

—¿Estás seguro de que le oíste?

Ramón levantó de golpe la cabeza para encontrarse enseguida con aquellos ojos verdes y grandes que aprovechaban la afilada rectitud de su nariz para apuntarle directamente al entrecejo. Estirando las palabras, algo molesto por la insistencia de la policía, respondió:

—Te juro que le oí, le oí, me llamó..., “¡Ramón!”, gritó. Estoy completamente seguro. Y le vi... Vi su gorro azul asomando de la nieve. Y fue por donde os dije.

—Llevamos cinco horas buscando en un espacio muy pequeño. Los voluntarios están agotados. Los perros no muestran nada. Hemos removido toda la zona donde ha parado el alud. Se ha llegado hasta la roca. Nadie se explica cómo un alud tan pequeño puede...

—¿Puede...? —preguntó Ramón molesto.

—...Puede hacer desaparecer a una persona —prosiguió la teniente—. No debe de haber más de dos metros y medio de nieve; además, para Fortún esta montaña es pan comido. Coincidirás conmigo en que es todo muy raro.

—¿Raro? ¡Vamos! ¡No me jodas! No era un alud tan pequeño. Además, algo ha salido mal, le cogió de improviso. Le vi rodar delante de la nieve. Luego desapareció. Cuando la avalancha se paró, todo quedó en silencio. Con el susto, no sé si me caí o me tiré al suelo. Me levanté enseguida y eché a correr hacia donde le había visto, pero ya no estaba.

—De acuerdo, seguirán un rato más. Está anocheciendo, a las ocho suspenderemos la búsqueda hasta mañana. ¿Por qué no bajas conmigo a Borja? Avisaremos a Andy y a la francesa. Debes comer algo y descansar. Después me cuentas cómo empezó todo.

—¿Cómo empezó? ¿Qué quieres decir con eso? Tú ya sabes cómo empezó.

Ramón estaba en lo cierto; la teniente Nervión era una de las pocas personas que sabían la auténtica razón por la que se había planeado la excursión. En realidad no había sido el fin de semana anterior, hacía más de una semana, más de un mes, incluso hacía ya más de un año. A decir verdad, casualmente hoy se cumplían diecinueve años desde que todo comenzara. Fue el mismo día en que la teniente Nervión, entonces guardia civil recién graduada, curioseando en un informe de la comandancia de fronteras, leyó la primera página de un diario extraño donde se hablaba de una joven francesa llamada Claire Rivera.

DIARIVM

Claire.

Divona-Claire Rivera nació en Libourne porque su madre, Florence Rivera, embarazada de ocho meses, abandonó definitivamente sus estudios de Historia en la Sorbona y se refugió de por vida en casa de sus padres. Unos meses antes, una húmeda madrugada de marzo su novio, arrepentido, ebrio e inmerso en una niebla inesperada y densa, enloqueció al encontrar vacía la pensión parisina de la Rue de Lille donde la noche anterior la abandonó tras una fuerte discusión.

Diez años más tarde, y sólo dos meses después de que su padre falleciera, Florence se casó con Yves Chenot, un alto, fornido y bigotudo funcionario de la *Poste Française*. Siete años mayor que ella y viudo por un desgraciado accidente de tráfico del que siempre se culpó, Yves aportó al matrimonio con Florence dos gemelas adolescentes y herméticas, Eloise y Nicole, y una insuficiencia cardíaca que acabó con su vida antes de que Claire alcanzara la mayoría de edad.

Pese a todo, Claire parecía convencida de haber vivido una infancia y una adolescencia idílicas. En un entorno rústico de viñedos y caminos flanqueados por olmos, cuando el buen tiempo se lo permitía, y siempre acompañada por su fiel collie Socrate, recorría con su bicicleta vieja la carretera estrecha que une el Instituto Max Linder con la casona más antigua del Quartier de Catusseau. En esa casa nació y murió su abuela Virginia Jarre, y su abuelo, Manuel Rivera, languideció en una vejez prematura que le sobrevino cuando quedó viudo con tan sólo cincuenta y tres años.

Cada tarde, al regresar del Liceo, Socrate la esperaba en la misma cuneta donde una fatídica tarde de junio, junto a la misma bicicleta y tras un bombardeo sobre Burdeos, encontraron muerta a su tía Aída, hermana mayor y única de Florence.

Claire debió de ser una niña extrovertida, ruidosa, fresca y cariñosa, que salpicó con su alegría a cuantos la rodearon. Especialmente llenó de felicidad los últimos años de su abuelo Manuel, de quien, además de un español rural, anacrónico y lleno de palabrotas, aprendió a valorar como grandes tesoros los pequeños detalles de la vida cotidiana, y a percibir cosas tan fantásticas como los consejos inauditos que el agua del río L'Isle canta a cuantos lo cruzan por el puente de la Avenida del Presidente Wilson, donde solían pasar horas escuchándolo desde la robusta balconada de piedra construida sobre su pila central.

Su madre, que parecía su hermana mayor, siempre fue su confidente; a ello contribuyó un gusto común por los retiros naturales y la lectura a la sombra de cualquier árbol. Claire heredó de ella su pasión por la cultura celta y galo-romana, y un aire pastoril que llevó a muchos al equívoco de considerarlas unas *hippies* tardías.

Como dos gotas de agua cristalina separadas al azar en el torrente de la vida; la mayor a medio camino del estanque al que todos iremos a parar; la menor pendiente todavía fresca del caño del hontanar. En lo único que no se parecieron nunca fue en el gusto por las pamelas grandes de paja y por los hombres altos, morenos y con mostacho, "objetos" que Florence usó y disfrutó siempre que pudo.

Sin importarle demasiado no poder atravesar ni mirar sobre el muro infranqueable que sus hermanastras habían construido en torno a ellas, los pocos años que pasó junto a Chenot, a quien nunca llamó papá, al menos le sirvieron a Claire para poder leer los montones de revistas que devolvía el correo; sus preferidas eran *Reader's Digest* y *L'Histoire*.

Con los años, se convirtió en una girondesa hermosa, simpática, culta y refinada. Un arroyo fresco y transparente, manso en la amplia llanura de las Landas, pero en casa, una catarata de carácter que rugía estridente en las abundantes discusiones que solía mantener con su madre; sobre todo cuando, con apenas quince años, la sobrepasó en madurez.

Magnífica estudiante, Claire destacó en el instituto tanto por su inteligencia como por su belleza. Apasionada por la historia antigua, tras licenciarse como una de las alumnas más sobresalientes del Liceo de Libourne, cruzó holgadamente las puertas de la Universidad de Poitiers.

Y ahí fue donde la vi por primera vez, en las puertas de la *Faculté des Sciences Humaines et Sociales*. Fue un ocho de septiembre, lo recuerdo porque yo cumplía veinticuatro años, y pasaría mucho tiempo hasta que ambos supiéramos que no había sido un encuentro casual. Era a primera hora de la tarde del primer día de mi último curso en la Universidad. Me encontraba sentado en una de las austeras butacas de plástico y metal que circundaban el *hall*, justo al lado de las escaleras por las que

los alumnos de los primeros cursos suben a clase. Sobre mis manos levitaba el peor regalo de cumpleaños posible, la última carta de Anne.

Como los dos años anteriores, la primera quincena de agosto la había pasado en Lyon, trabajando en el campus arqueológico de la Fourvière. Nunca había hecho tanto calor en Francia como ese verano; por fin, gracias a la primera y penúltima tormenta de un estío aciago, había llovido abundantemente y ahora se respiraba un aire más fresco.

Había venido corriendo desde el comedor hasta el edificio de la Facultad, y me había librado de mojarme por los pelos. Cautivo de mis pensamientos, veía caer las últimas gotas de lluvia que, exentas de color tras filtrarse en el arco iris, levantaban burbujas en un amplio charco que había frente a la entrada principal, donde estallaban formando círculos concéntricos en lugares que, absorto, trataba de adivinar con la misma incertidumbre que las razones por las que Anne me había engañado.

Más suerte tuvieron un par de manoleínas de charol negro que, de repente, cayeron exactamente donde se había formado el último círculo. Intrigado, subí la mirada: sobre ellas pude ver la que desde entonces me pareció la muchacha más hermosa del mundo. Vestía unos piratas blancos ajustados, un ancho cinturón negro, también de charol, y una blusa lila tan fina que, con la complicidad de la lluvia, invitaba a adivinarlo todo. Una gargantilla de cristal azul, como una lágrima de mar a punto de recorrer el angosto “corinto” de su pecho, parecía venir de un mentón pequeño que, junto a una frente limpia y unas orejitas chorreando también sendas gotitas de mar azul, delimitaban la claridad tenue y sonrosada de un rostro en el que destacaban la sensualidad de unos labios carmesí, seguramente natural, y unos ojos a cuya oscura profundidad no molestaba para nada una naricita casi roma, perfecta. ¿Y su cabello? Su cabello largo, liso, negro, húmedo, precioso.

Tanto me gustó la chica que la imaginé como una ninfa a quien las gotas de lluvia vinieran marcando el camino menos profundo. Recorrió la acera dando unos saltitos gráciles y, cuando alcanzó la puerta de cristal, los finalizó con media pirueta que le permitió abrirla lentamente, empujando con la parte más baja de su espalda. Al tiempo que giraba, comenzó a abrazar una carpeta que, hasta ese momento, había hecho las veces de improvisado paraguas y que ahora protegía su pecho de la húmeda obscenidad de mi mirada.

Me quedé mirando con tanto descaro que ella, dominada por su instinto femenino, al pasar a mi lado giró rápidamente la cabeza en sentido contrario a mi mirada, con tal ímpetu que latigó su melena larga, negra y mojada. Algunas gotitas de agua se rociaron sobre mí, con tal fortuna que una de ellas, tal vez la más gruesa, cayó justo sobre la firma que Anne había dibujado bajo las palabras *pardonne moi*; entonces su nombre, garabateado con rotulador negro, empezó a diluirse en el papel rosa de su carta hasta convertirse en una nebulosa azul verdosa que acabó por devorarlo. Además de seductor, el encuentro me pareció profético.

Cuando hubo pasado a mi lado, con evidente empeño por ignorar mi descaro, me quedé aspirando profundamente la fragancia de su lozana hermosura. Mojada por la lluvia recién caída, emitía un perfume con hebras de rosa y almizcle, tan agradable y sugerente que hubiera hecho las delicias del mismísimo Jean-Baptiste de Grenouille.

—¡Felicidades Dédé! —me felicitaron de repente.

Al oír mi nombre gritado a coro, desperté del embrujo. Mi amigo Euvard venía acompañado por el séquito de siempre: Bernard, Gérard y otros cuatro más; todos traían una amplia sonrisa en sus caras. Tras ellos, más tranquilo, entró Hugues, a quien no veía desde hacía más de dos meses.

Sentado y rodeado por mis compañeros, miré de reojo a Hugues, quien, cabizbajo, se había quedado en un discreto segundo plano. Yo sabía que, a pesar de su fingida modestia, se le habría ocurrido alguna idea genial que, como era habitual, había gustado a todos. Finalmente fue Euvard quien, venciendo su tartamudez, se dirigió a mí:

—¿Qué planes tienes para el fin de semana? El sábado por la noche hay una fiesta en el Boulevard de La Republique. Vamos a ir todos. Esperamos verte por allí. Te pagarás algo por tu cumpleaños, ¿no?

Tal como esperaba, Hugues levantó su cabeza interesado por el tipo de excusa que yo inventaría para no ir; pero, de pronto, observé que perdía su interés, al tiempo que alzaba su mirada rapaz hacia el final de las escaleras que empezaban justo a sus pies. Cuando por fin comencé a hablar, él ya corría por las escaleras sin apartar la vista de la chica que, en ese instante, desaparecía girando hacia el pasillo del piso superior. Lo que ocurrió cuando Hugues la alcanzó tal vez nunca lo sabría, pero en aquel instante decidí que el sábado por la noche yo debía ir a una fiesta a la que aquella muchacha guapa, morena y mojada, seguro que no iba a faltar.

—Está bien. ¿Pasaréis a buscarme por la residencia? —pregunté a Euvard y Gérard.

—Lo siento —dijo Euvard—, el sábado voy a comer con mis padres por el centro. Acudiré a la puerta del baile hacia las siete.

—Yo también tengo cosas que hacer hasta las seis —dijo Gérard.

—Vale, entonces a las siete en la taquilla.

—De acuerdo —asintieron.

Y, tan alborozados como vinieron, se fueron tras los pasos de Hugues. Yo me quedé solo y ansioso por ir a la verbena.

La Verbena.

En el número setenta y siete de la Rue de la Tranchée hay, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, un gran solar vacío, ahora delimitado por edificios pertenecientes a la clase media de Poitiers. Este valioso solar, según parece, estuvo antaño ocupado por un palacete decimonónico construido por un nuevo rico que volvió con fortuna de Indochina. Se decía que Maurice Papon, en la época de la Revolución Nacional de Pétain, fijó allí temporalmente su residencia alternativa, y existían toda clase de rumores relativos a actividades realizadas en la casa en la línea de los excesos y miserias humanas de esa aquella época infame. Fuera verdad o no, lo cierto es que aquel edificio fue dinamitado por la resistencia francesa y a partir de aquél suceso, por razones que desconozco, el solar permaneció vacío. Unos veinte años después pasó a pertenecer al ayuntamiento de Poitiers, que le dio diversos usos, desde parking público a almacén de adoquines, hasta que, debidamente nivelado, adoquinado su suelo y ubicado un pequeño quiosco de madera en su centro, se constituyó en plaza de baile. Desde entonces, organizado inicialmente por la *Fanfare du Veterans de Guerre*, del catorce de julio a mediados de septiembre, todos los sábados por la noche hay baile a la intemperie; la de aquél sábado era la última verbena del verano.

Verano que parecía no querer terminar nunca. Hacía calor y la habitación de la residencia de estudiantes Marcel Poitevin me parecía más pequeña que de costumbre. Agobiado, me moría de ganas salir y, sobre todo, de volver a verla. De repente caí en la cuenta de las escasas posibilidades que tenía de impresionar a chica alguna combinando la poca ropa de que disponía. No tenía nada que hacer, especialmente con la más hermosa. Me resigné a lo clásico, zapatillas blancas, camisa blanca sin terminar de abrochar, el collar de nácar, mis *Jeans Grins* bien ajustados y... «que miren».

Por fin llegaron las seis de la tarde; la hora de partir estaba próxima. Muy bien, antes me daría una ducha con agua fría para salir fresco. Ahí empezaron mis problemas. Justo cuando estaba totalmente enjabonado, se cortó el agua. Quitarse el jabón con la toalla no fue difícil, pero para el pelo, como lo tenía bastante largo, digamos que al estilo “Bee-Gee”, no había solución. Me rodeé la cintura con la toalla y salí corriendo camino de las duchas comunes que había al final del pasillo, junto al gimnasio. Probé en todas y cada una de las cinco duchas: nada, no había agua. ¿Qué podía hacer? Recordé que guardaba agua en el frigorífico. En efecto, tenía un par de botellas de agua que iban a solucionar el problema del aclarado de mi cabello; pero estaba tan fría que antes tuve que calentarla un poco en el hornillo.

Era la primera vez en mi vida que tenía verdaderas ganas de ir a un baile, y todo eran problemas. Estaba seguro de que Hugues habría convencido a la muchacha para que acudiera, y tan impaciente por volver a verla que los nervios no me habían dejado comer, lo cual favoreció la complicada operación de calzarme mis ajustados y queridos *jeans*.

Finalmente, compuesto como el *Delfin*, conseguí salir de la residencia justo a tiempo de coger el autobús “treinta y ocho” que recorrería, en unos veinte minutos, los cinco kilómetros que me separaban de mi destino. Eran las seis y media, así que sería de los primeros en llegar; eso me daría la delantera, pues las muchachas acostumbraban a llegar antes que los chicos. Sería mi oportunidad. Tuve suerte y hasta conseguí plaza para sentarme al fondo del autobús. Como era fin de semana no había mucho tráfico. Todo iba sobre ruedas, avanzando por la Rue de Faubourg, faltaban unos trescientos metros para llegar al Pont Neuf cuando el autobús se detuvo al final de una larga fila de vehículos; a partir de ahí el autobús avanzó unos diez metros por minuto. Ciento cincuenta metros después, descubrí la razón por la que había tenido que aclararme la cabeza con agua fría: un enorme reventón había reducido a uno los cuatro carriles del puente aunque, gracias a que el agua derramada vertía directamente al río Le Clain, no se había cortado completamente la circulación.

Cuarenta minutos después, cuando el autobús enfiló la Rue de la Tranchée aproximándose hacia mi parada, algo provocó que el conductor frenara bruscamente; yo, que me había levantado y avanzaba hacia la puerta, forzado por el frenazo comencé una carrera que acabó bruscamente cuando mi frente golpeó contra una de las barras del interior. El golpe, aunque no consiguió romper mi ceja, fue lo suficientemente fuerte como para hacerme un chichón.

—Merde —blasfemé entre dientes.

Bajé aturdido del autobús. El viento agitaba a su antojo los árboles del parque. El perfume balsámico de los pinos hizo que me sintiera mejor. Atraído por los graznidos descarados de los grajos, miré a lo alto y vi que huían precipitadamente delante de unos nubarrones negros que estaban anticipando el crepúsculo de aquella tórrida tarde estival.

Mientras recorría los escasos cien metros que faltaban hasta la entrada del baile, pude ver como Hugues y otros tres desembarcaban de su deportivo azul y entraban en tropel en la verbena. Desconozco por qué, pero justo en ese momento el conductor del autobús, que entonces pasaba junto a ellos, tocó el claxon con tal intensidad que pareció el preludio del trueno enorme que le siguió y que confirmó mis sospechas de que la tormenta ya era inevitable y de que yo había llegado demasiado tarde.

Apenas veinte pasos después, al llegar a la taquilla del baile, comenzaron a caer gotas grandes que, al chocar contra el suelo, se evaporaban levantando el calor del asfalto e inundando el aire de un intenso perfume a ozono. De inmediato, la lluvia y el viento se comieron la luz y el sonido de la calle, y en pocos segundos se formaron los primeros charcos. Algunos tratamos de refugiarnos bajo la marquesina diminuta de la taquilla, pero no nos sirvió de mucho.

Diluvio durante al menos diez minutos y luego quedó una lluvia fina que no cesaba. El baile se suspendió. El primero en salir fue Gérard, que cubría con su chaqueta la cabeza de una chica de baja estatura. No me había equivocado: Hugues y la muchacha morena les seguían. Él la rodeaba con su brazo de un modo que me pareció procaz. Ella, al pasar a mi lado, me miró por primera vez, y no sé si Hugues me dijo algo, porque entonces me precipité en la húmeda profundidad de aquellos ojos negros. Caí y caí hasta chocar contra la acuosa oscuridad de su fondo. Cuando, trepando, por fin salí, estaba en la acera, estoico y tan empapado que la camisa se me había pegado al cuerpo por completo. Ya no llovía. Junto a mí: Bernard y Euvard que, evidentemente, se habían quedado sin plaza en el coche de Hugues, esperaban preocupados a que me espabilara.

—¿Estás bien, André? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te has peleado? —me preguntó Euvard, al observar mi ceja abultada y mi rostro desencajado.

Le miré pero no contesté; por el contrario le pregunté:

—¿Dónde han ido?

—Creo que a la disco *L'Eclipse*.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Podríamos ir también —propuso Bernard.

—¡Estás loco! Queda lejísimos y estamos empapados. Yo me voy a casa —dijo Euvard.

—¿Por qué no pasamos antes por los billares? Os invitaré por mi cumpleaños.

—Sí, pero yo juego contra vosotros dos —impuso Bernard, sonriendo pícaramente.

—Vale —coreamos Euvard y yo.

Cruzamos el parque camino de la Rue de la Demi-lune, donde se encontraba el único salón de billar de Poitiers. Mis *jeans* ajustados, que empezaban a secarse, comenzaron a apretarme tanto que me producían tal dolor en la entrepierna, que me obligaban a caminar arrastrando los pies y haciendo susurrar la gravilla. Cuando llegamos al salón, tuvimos que esperar un rato a que quedara una mesa libre. Aburridos de mirar, cuando nos llegó el turno apenas jugamos dos o tres partidas. Luego, de regreso, devoramos un *goffre* con limonada y bromeamos sobre la poca suerte que teníamos con las "tías". A las diez, Euvard y Gérard, se despidieron hasta el lunes y tomaron camino de sus casas. En el momento de irse, me pareció ver en sus caras la misma tristeza que en la mía, y pensé: «Seguro que les pasa lo mismo que a mí y por la misma chica». Cuando llegué a la residencia pasaba de las once. Ya había agua. Me di una ducha fría y me metí desnudo en la cama.

No podía quitármela de la cabeza, en realidad me sentía muy atraído por ella. Cerré los ojos y volví a arrojarme en aquella mirada. Estaba seguro de que me había mirado, quería creer que se había fijado en mí. Vamos, seguro que sí.

Al día siguiente, mis padres y mi hermana Elizabeth vinieron para celebrar mi vigésimo cuarto cumpleaños. Habían vuelto de pasar un mes de vacaciones en Letux, el pueblecito español donde nació mi abuela Cecilia y del que salió precipitadamente una madrugada de mayo camino de *Argelès Sur Mer*.

Se les veía delgados, y muy tostados por el sol. Elizabeth estuvo media hora contándome lo bien que se lo había pasado y lo brutos que eran los españoles; «Bueno, alguno no tanto», me había dicho mientras, con una graciosa pirueta de su mirada, despejaba de nubes el cielo azul de sus ojos. Estaba radiante y muy guapa pero la encontré cambiada, más madura. Creo que no me lo contó todo.

A pesar de que mis padres llevaban años pasando el verano en España, mi abuela nunca quiso volver porque, aunque no era creyente, decía que en Angoulême se estaba como en el cielo y que no se movería nunca de allí, ni viva ni muerta. Yo creo que decía esto porque un día, al final de un sueño horrible, despertó en Angoulême. Había sido una pesadilla febril en la que viajaban ella y otras novecientas veintiséis personas, un errático viaje en ferrocarril hasta las mismísimas puertas del infierno, un injusto descenso al Averno del que más de la mitad no regresaría; un regreso igualmente horrible para el resto, porque aquel diabólico convoy siguió su viaje hacia el purgatorio donde cuatrocientos cincuenta y seis pasajeros quedarían atrapados durante cuarenta años más. Pero ella no;

Cecilia se salvó una lluviosa mañana de septiembre porque bajó de aquel tren extraño. En la estación la esperaban dos guardias extranjeros y una hermosa mujer española que hacía de intérprete. Al arrancar el tren el vapor envolvió el andén en una niebla densa. Sostenida por los militares miró a aquella mujer bella y, con las últimas fuerzas que le quedaban, le preguntó:

—¿Me he muerto, señora?

La mujer le sonrió como un ángel pero no le contestó.

Sin embargo, quedó convencida en su sueño de que realmente había muerto y la estaban llevando al cielo. Al despertar, ella no lo sabía pero estaba en el hospital del campo de refugiados de *Les Alliers*. La fiebre había desaparecido. A su lado había otra cama en la que se reponía una niña preciosa, también española, afectada de fiebres maltas que se llamaba Dolores Turón. Con ella había un joven alto y apuesto que estaba de visita. Español de origen pero criado en Francia, el joven trataba de animar a su sobrina en un español tan gracioso como ininteligible. Cecilia no pudo contenerse y se echó a reír; él la miró sorprendido y, algo avergonzado, le devolvió la sonrisa; aquel sería su primer paso para ser mi abuelo.

El motivo por el que mi abuela fue la única pasajera que bajó en Angoulême del “tren de los novecientos veintisiete españoles” nunca lo hemos sabido. Lo único que llegué a saber fue que paró en Angoulême porque, debido a las fuertes lluvias en el sur de Francia, hubo retrasos en los viajes que venían de Burdeos, lo que obligó a las autoridades del momento a hacer esperar muchas horas el convoy en la ciudad; si no, seguramente nunca hubiera detenido su viaje hacia Hendaya.

Comimos en *Le Roy d'Ys*. Al final de la comida me entregaron sus regalos de cumpleaños: mis padres, un moderno reloj digital con carcasa inoxidable, varias alarmas, horarios, cronómetro, *waterproof*, etc., y con un manual de instrucciones políglota tan amplio como ininteligible, así que tardaría algún tiempo en reemplazar a mi querido *Texas Instruments* de plástico negro. Mi hermana, una lupa con aro de metal y mango de madera, con la que se suponía que debía encontrar montones de tesoros romanos o egipcios y descifrar enigmas ignotos desde la más remota antigüedad. Finalmente, mi padre, arrastrándola pudorosa y disimuladamente sobre la mesa de mármol blanco, me entregó una cajita de terciopelo rojo, cogida con un lacito dorado.

—Esto de parte de tu abuela —me dijo en español; y las niñas traviesas de los ojos de mi madre le sonrieron cómplices.

Abrí la cajita intrigado. Dentro había un objeto que, a pesar de su rareza, no era nada extraño para mí. Se trataba de un crucifijo antiguo de brazos cilíndricos huecos, fabricado en hilo y bolitas de plata, con preciosa labor de motivos vegetales; sobre él, clavado con tres remaches, había un Cristo sencillo humildemente repujado en una fina lámina de oro. En la parte posterior, sobre el centro del crucero, había una flor con siete pétalos, también de finísima filigrana. Excepto la nueva y gruesa cadena de la que ahora colgaba, yo conocía bien este crucifijo, pues desde muy niño venía haciéndole visitas al cajón de la mesilla de noche donde estaba guardado desde que falleció mi abuelo. Él lo había recibido de su hermano José como una muestra más de su gratitud por el acogimiento, atención y cuidados que prestó a su cuñada Manuela y a su sobrina Dolores, refugiadas en Angoulême, mientras José permanecía confinado en Argelès Sur Mer.

Con el crucifijo venía una nota escrita por mi padre y firmada por la trémula caligrafía de mi abuela, que decía:

“Hijo mío, este crucifijo fue de tu abuelo, yo lo he guardado durante años, pero sé que tú eres quien realmente lo ha cuidado a escondidas. Ahora es tuyo. Espero que en adelante sea él quien cuide de ti”.

El regalo fue una gran sorpresa para mí. Tomé el crucifijo entre mis manos y, cerrando los ojos, di gracias a mis abuelos. Quedamos los cuatro en silencio durante varios segundos. Las tiernas palabras de mi abuela habían dejado al descubierto un tema sobre el cual nunca se hablaba en mi familia, la religión; no por tabú, simplemente por falta de interés. Ciertamente la fascinación que siempre me había provocado este amuleto estaba a medio camino entre lo místico y lo artístico. Supongo que haberme criado en una familia cristiana no practicante conlleva estas contradicciones. Durante años, mientras jugaba con él y miraba encantado su preciosismo, me preguntaba si el símbolo del cristianismo habría tenido tanto éxito si en lugar de crucificado, Jesús hubiera sido asesinado colgándole en la horca o decapitado. No conseguía imaginarme a la gente portando del cuello un cadalso de oro con el hacha clavada o un patíbulo “colgado” sobre las pizarras de los colegios. Está visto que el marketing es una técnica tan antigua como la Humanidad. Lo cierto es que el crucifijo acabó pareciéndome demasiado barroco, no comprendía cómo había ido a parar a las manos de una familia española humilde y marcada por la ideología de izquierdas y que, además, hubiera estado pasando de unos a otros con tanta admiración como poca devoción. Quién sabe, tal vez en el siglo XIX la familia Turón había gozado de mejor posición social.

Mientras mi hermana, a petición mía y situada a mi espalda, sustituía mi horrible collar de nácar por la cadena con el crucifijo, pensé que tal vez mi abuela no debería haberme dado algo que, aunque ella no lo creyera, todavía podía servirle.

Después, mi madre y mi hermana se marcharon de tiendas por la Grand Rue; mi padre y yo nos quedamos en la terraza del restaurante a tomar un café, momento que él aprovechó para contarme los preparativos de la próxima vendimia y, de paso, interrogarme sobre las correrías de Hugues. La verdad es que yo me moría de ganas de contarle lo que había visto la tarde anterior pero el honor me lo impidió

De regreso a la residencia, como de costumbre, mi madre se empeñó en subir para pasar revista a mi habitación. Afortunadamente fue una visita rápida, pues estaba inquieta ya que había dejado sola a su suegra. Deambuló rápidamente y en silencio por la estancia, sólo cuando vio el desorden del interior de mi armario soltó algunas frases en su bretón natal, ahora ya casi incomprensible para mí. Recibí una docena de besos y otras tantas instrucciones. A las seis de la tarde, por fin estaba solo en mi habitación.

Este era el momento en que realmente comenzaba mi curso.